

conocidas, sino sacrificándose de antemano á la humanidad toda entera. No pudieron detenerle las dulzuras del reposo en el hogar doméstico, que todavía no había podido gustar, ni su edad, ni sus dolores, ni el resentimiento de una antigua herida, ni los padecimientos que había sufrido en su última exploracion. Amenazado como se veía por la edad, deseaba haber realizado ya su empresa. Por medio de trabajos más prodigiosos aún pensaba poder vencer los obstáculos de la Corte, y llegar á su objeto definitivo, el rescate del Santo Sepulcro. Ahora, descubierta ya la Tierra firme, pareciale que si llegaba á pasar el Estrecho que debía existir hacia la mitad de aquel Nuevo Continente, nada se opondría ya á su circunnavegacion, y que regresaría á España por Asia y la costa africana. Para aquella atrevida exploracion contaba con la asistencia providencial, que siempre le había sostenido en los momentos más críticos. Con ardor propio de la juventud se lanzaba á los sesenta y seis años hacia lo desconocido, cuyo velo esperaba levantar enteramente aquella vez.

LIBRO CUARTO.

CAPÍTULO PRIMERO.

CRISTÓBAL COLON SALE DE CÁDIZ CON CUATRO BUQUES.—SOCORRE DE PASO LA FORTALEZA PORTUGUESA DE ARCILLA EN LA COSTA DE MARRUECOS, SITIADA POR LOS MOROS.—LLEGA Á LA VISTA DE LA ISLA ESPAÑOLA, HACE PEDIR AL GOBERNADOR OVANDO EL PERMISO PARA DESEMBARCAR, Á FIN DE REPARAR UNO DE SUS BUQUES EN MAL ESTADO Y PROCURARSE OTRO EN SU REEMPLAZO.—NEGATIVA DEL GOBERNADOR.—COLON PREDICE UNA VIOLENTA TEMPESTAD Y HACE SUPLICAR Á OVANDO QUE DETENGA EN EL PUERTO LA ESCUADRA QUE PARTE PARA ESPAÑA.—SE BURLAN DE SU AVISO.—ESTALLA LA TEMPESTAD Y DESTRUYE LA ESCUADRA.—JUICIO VISIBLE DE LA PROVIDENCIA.—EL ALMIRANTE Y SUS BUQUES SON PRESERVADOS.—COLON, ARRASTRADO PRIMERAMENTE Á LAS AGUAS DE CUBA, EN EL ARCHIPIÉLAGO DE LOS JARDINES DE LA REINA, DESCUBRE DESPUES LA ISLA DE GUANAJA CERCA DEL NUEVO CONTINENTE.

§ I.

Viéndonos obligados á reducir á cortas proporciones la historia de ese grande hombre, condensamos los principales sucesos de su vida, omitiendo forzosamente todos los pormenores que no le atañen personalmente. Hemos sacrificado resueltamente el estilo al laconismo, apuntando en primer lugar del modo más breve posible y recortando siempre nuestra frase y estrechando á menudo nuestras ideas, y prescindiendo voluntariamente de toda forma literaria. Aceptamos sin sentimiento la censura de aridez ó de excesivo laconismo, con tal que, no obstante lo reducido de nuestro cuadro, lleguemos á lo ménos (1) á reproducir los rasgos principales de nuestro héroe.

(1) La historia de Washington Irving, tan incompleta, tan ajena al carácter de Colon, cuenta cuatro

En cuanto nos ha sido posible, se ha prevenido nuestra admiración contra la natural fascinación de semejante grandeza. Constantemente nos hemos abstenido de sustituir el escritor á la historia, y de esparcir, como pudiéramos haber hecho, en esta instructiva biografía, consideraciones filosóficas, y ni siquiera hemos apuntado las que naturalmente se deducen del asunto mismo de la obra.

Solamente suplicamos al lector que no atribuya nuestra brevedad sino á la falta de espacio, y que tenga por muy cierto que hasta las afirmaciones secundarias, los hechos accesorios, ciertos mínimos pormenores salidos de nuestra pluma son invariablemente la expresión de la más precisa y rigurosa exactitud histórica. No hay un nombre, un número, una fecha que no hayamos comprobado escrupulosamente, y cuya completa responsabilidad no aceptemos.

La cuarta expedición de Cristóbal Colon fué la ménos notada de todas sus empresas, aunque fué en concepto del mismo «la más noble y provechosa (1).» Pero se ha llegado al extremo de que muchos escritores la han ignorado completamente (2).

Para recomponer en su realidad la narración de esa gigantesca empresa, independientemente del testimonio de los historiadores reales de España, poseemos hoy cuatro narraciones contemporáneas, redactadas por testigos y actores principales de aquel memorable viaje, el último que realizó Cristóbal Colon. Son: la Relación del Almirante dirigida en forma de carta á los Reyes Católicos; la Historia que escribió don Fernando Colon, valiéndose ya de sus recuerdos, ya de las notas de su padre; el Resumen de los incidentes dramáticos de aquella campaña hecho por Diego Méndez, virtuoso marino, muy estimado del Almirante; y finalmente, las notas y el diario de un enemigo de Colon, el notario real Diego de Porras.

Ninguna expedición marítima de aquella época ofrece, como esta, tantos pormenores circunstanciados, ni se apoya en documentos de tanto valor, ni ofrece iguales garantías de veracidad á la historia.

tomos en 8.^o Humboldt ha dedicado cinco tomos en 8.^o á esta Biografía, bajo el título de *Exámen crítico de la Historia de la geografía del Nuevo Continente*.

(1) «Bien que él sea el más noble y provechoso.»—Cristóbal Colon, *Carta á los Reyes Católicos fechada en Jamáica el 7 de julio de 1503*.

(2) Mas de diez escritores franceses que han hablado de Colon de una manera incidental, nos parece que ignoran absolutamente su cuarto viaje; porque pierden de vista al Almirante despues de su descubrimiento de la Tierra firme y de su encarcelamiento.

§ II.

El Almirante había hecho sus tres primeros viajes con tres carabelas; al emprender su cuarta expedición, pidió cuatro naves abastecidas para dos años; porque contaba dar la vuelta al mundo, regresando por el mar de Asia y la costa de África, despues de haber hallado el Estrecho que le hubiera conducido al Atlántico al Grande Océano. Esta era la primera tentativa oficial de circunnavegación que se proyectó, desde que el primer buque surcó el mar Océano.

Para una expedición de este género quiso el Almirante escoger el personal, los viveres, los medios de defensa. Á las oficinas de Sevilla les dió la dimensión de los buques. El mayor no debía medir más que setenta toneladas y el menor cincuenta.

El ordenador de marina mandó fletar cuatro carabelas que estaban amarradas en los muelles de Sevilla. Se las dispuso para hacerse á la mar, y el día 3 de abril de 1502, descendieron el Guadalquivir, para dirigirse al carenero de la Puebla Vieja (1). Queriendo el Adelantado vigilar el trabajo y activarlo, partió en las carabelas, y las condujo desde luego á Cádiz, para proceder á su aparejo. En todo este tiempo ocupábase el Almirante en procurarse las municiones y en elegir las tripulaciones. La poca cooperación que le habían prestado las oficinas de Sevilla le había obligado á hacérselo todo por sí mismo, hasta el punto de verse forzado á renunciar al cuidado de todos los demás asuntos, y esta ocupación le fatigó (2). Finalmente, un miércoles por la mañana, partió para Cádiz, á fin de completar allí el armamento de la escuadrilla, y se llevó consigo á su segundo hijo don Fernando, que entónces tenía trece años de edad, y era paje de la reina Isabel.

Despues de haber inspeccionado las tripulaciones izó Cristóbal Colon su pabellón de Almirante en la carabela de setenta toneladas, que se llamó la *Capitana*; la segunda por la clase se llamaba el *Santiago de Palos*; la tercera era el *Gallego*, y la menor tenía el nombre de la *Viscaina* (*).

(1) CARTAS DEL ALMIRANTE. — Carta autógrafa del Almirante Cristóbal Colon, dirigida el 4 de abril de 1502, al R. P. Don Gaspar Gorricio, en la Cartuja de Sevilla.

(2) «Las cosas de mi despacho me han cargado tanto, que he dejado el resto.» — *Carta autógrafa del Almirante al R. P. Cartujo D. Gaspar Gorricio*.

(*) Véase el estado ó relación de las tripulaciones y buques que llevaba para su descubrimiento el Almirante D. Cristóbal Colon.—*Relación de la gente é navios que llevó á descubrir el Almirante D. Cristóbal Colon*.—CUARTO Y ÚLTIMO VIAJE DE COLON.

Excepto los hermanos Francisco y Diego de Porras, á quienes admitió por extremada condescendencia con el tesorero real de Morales, había escogido él mismo su Estado mayor, componiéndolo sobre todo de oficiales adecuados para semejante empresa, formados la mayor parte en la excelente escuela de sus anteriores navegaciones. Entre estos marinos escogidos no debe comprenderse el médico que le proporcionaron las oficinas de la marina en Sevilla, cierto medicastro, antiguo farmacéutico de Valencia, llamado el doctor Bernal, hombre perverso, cuyos cuidados y servicios temían los enfermos, y quien, según frase del Almirante, habría merecido cien veces ser descuartizado (1) si se le hubiese juzgado por sus obras.

Sin contar los empleados de su casa y cuatro intérpretes, el Almirante llevaba consigo en aquellos cuatro pequeños buques, ciento cincuenta hombres. Con aquel puñado de marinos se proponía dar la vuelta al mundo y defenderse de toda agresión de parte de los pueblos desconocidos, entre los cuales se vería quizás obligado á renovar sus víveres y reparar sus averías. Como la necesidad de visitar todas las costas, de entrar en todas las bahías y golfos para buscar el Estrecho, le obligaban á no emplear sino buques de reducido porte, había querido aumentar la fuerza de sus naves con el carácter de los marineros que las tripulaban. Merece notarse la manera cómo distribuyó su personal.

La *Capitana* tuvo por comandante al capitán de pabellón del Almirante, Diego Tristan, verdadero tipo del oficial marino, que poseía en grado eminente el instinto de su profesión y los deberes de su arma. Tenía á sus órdenes al primer teniente ó piloto mayor de la escuadra, Juan Sánchez; y á los pilotos Santiago Martín Cabrera, Pedro de Humbria, y Martín de los Reyes. Por edecanes tomó el Almirante al capitán Guillermo Genoves y al teniente Francisco Ruiz, hermano del piloto Sancho Ruiz, que le acompañó en su primer viaje. Además de Ambrosio Sánchez, el patrón de la *Capitana*, y su digno contramaestre, Anton Donato, había también á bordo de ella dos oficiales inscritos como escuderos. La tripulación consistía en catorce marineros de primera clase y veinte grumetes; un condestable, Matteo; un maestro armero, Juan Barba; un carpintero de ribera, de origen francés; un tonelero, Martín Arriera; un maestro calafate, Domingo, apellidado el Vizcaino, y cuatro trompetas (2). Hallábanse también á bordo de la *Capitana*

(1) «Fué preso e acusado de muchos casos, que por cada uno dellos merecia ser fecho cuartos.» — *Carta autógrafa del Almirante á su hijo mayor D. Diego, fechada en Sevilla el 29 de diciembre de 1504.*

(2) Diego de Porras inscribió solamente dos en su *Rol de las tripulaciones*; Juan de Cuellar; y Gonzalo de Salazar; pero había á lo ménos cuatro de ellos según la costumbre del almirantazgo. Además, el estado secretamente formado por el notario de la expedición no era un documento oficial, sino una noticia tomada de memoria, por cuenta propia, con miras hostiles al Almirante. Diego de Porras no estaba habilitado para poseer semejante documento. Mientras que reconocemos su importancia, debemos señalar en él algunos errores y varias omisiones que pasaron desapercibidas á los biógrafos de Colon.

un indio de la Española, que debía servir de intérprete, é igualmente tres españoles que hablaban el árabe. Puede creerse con fundamento que el genoves Juan Antonio Colon estaba con el Almirante y su hijo.

El mando del *Santiago de Pálos* se dió al mayor de los Porras, recomendado por el tesorero real. Al lado de este oficial tan incapaz como arrogante, multiplicó el Almirante los consejos y las influencias, colocando en su buque al secretario principal de la escuadra, uno de sus antiguos escuderos, Diego Méndez, que era al mismo tiempo marino consumado, soldado intrépido, fervoroso cristiano y servidor siempre leal. Durante el curso de esta campaña ganó el escudero Diego Méndez el grado de capitán de navío, un blason y el título de caballero. Iba acompañado de varios oficiales adictos á Colon: los dos hermanos Andrés y Bautista Ginoves, Francisco de Farias, Juan Jacomé y Pedro Gentil, intendente del Almirante. Francisco Bermúdez, patrón de la carabela, y su contramaestre Pero Gómez, eran dos perfectos marinos. El *Santiago de Pálos* tenía once marineros escogidos, catorce grumetes, un maestro calafate, un maestro tonelero, de Sevilla, Juan Noya, un maestro carpintero de ribera, y por primer condestable, un hábil armero de Milan, llamado Bartolomé. El Almirante nombró notario real de la escuadra á Diego de Porras, que se embarcó en el buque de su hermano.

El *Gallego*, buque grande, pesado y defectuoso en su arboladura, fletado solamente á razón de ocho mil trescientos treinta y tres maravedises al mes, mientras que el *Santiago de Pálos* costaba diez mil, confiolo el Almirante al fiel capitán Pedro de Torreros, el primer europeo que puso el pié en el Nuevo Continente, y tuvo la insigne honra de representar á Colon en Tierra firme. El patrón y el contramaestre Juan Quintero y Alonso Ramon, ambos de Palos, eran hábiles marinos. Contaba dicho buque nueve marineros de primera clase y catorce grumetes; además un oficial accidental, el señor Camacho, pariente del capitán: total, treinta hombres (1).

Para montar la carabela menor, la *Vizcaina*, que debía sondear los pasos, entrar en las caletas, explorar las costas, y que no tenía más que veinte y cinco hombres, incluso los oficiales, escogió el Almirante ocho marineros de primera clase, todos robustos y experimentados, á fin de compensar la debilidad numérica de la tripulación por la cualidad de la misma, juntándoles doce grumetes animados por la emulación, entre los cuales se hallaba un paje llamado Cheulco. Á ese personal escogido, le dió como digno de mandarlo, un marino de gran carácter, su noble compatriota, Bartolomé Fieschi, «personaje dotado de grandes perfecciones, con un teniente cuya abnegación le era conocida, Juan

(1) El notario real Diego de Porras sólo trae veintiocho en su *Rol de tripulación del Gallego*; pero se olvidó de los dos pilotos y del lombardo Sebastian.